

Dios me ama y esa es mi esperanza. Hoy quiero alabarle y darle gracias por las maravillas que hace cada día en mi vida y voy a compartirlo contigo.

La creación es como una sinfonía maravillosa que nos une a la mano creadora de Dios. En ella, las notas que se deslizan en el pentagrama de la vida, une las voces de los pájaros y los vientos, la oscuridad de la noche y la luminosidad del día, la omnipotencia de las montañas y la quietud de los valles, la inmensidad de los mares y la sinuosidad de los ríos...

En esta gran sinfonía perfecta mi voz trata de hacerse escuchar. No es una voz que enamore. De hecho, la mayoría de las ocasiones es un desatino por lo que desafina. Y las palabras que surgen de mis labios demuestran la pobreza de mi ser.

Pero aún y así, postrado ante el portal, en actitud orante, levantando mis manos, necesito y deseo elevar mi alabanza a Dios, invocarle desde el corazón, suplicando de su bondadosa paternidad la misericordia y la compasión.

Soy pequeño y pecador. Tropezco en la misma piedra una y otra vez. Por eso, mi corazón se estremece cuando se pone a cantar porque desearía poderle ofrecer un canto puro y limpio que surja de un corazón que sepa transmitir amor. Sin embargo, consciente de mi pequeñez, extendiendo mis manos para ofrecer pobreza, miseria e incapacidad.

Entonces Dios, que escucha desde el trono de la divinidad el coro de voces que suplican su Amor, escucha mi voz, como escuchó la de aquel pobre hombre, que suplicaba en la penumbra del templo, con sencillez y aflicción: "¡Dios mío! ¡Ten compasión de mí, que soy un pecador!"

Dios me escucha. Y me mira con ternura. Y acoge en su corazón esa voz frágil, quebradiza, desafinada y temerosa de ese hijo que le ha ofendido en tantas ocasiones pero que a continuación mendiga su perdón.

Vive feliz, porque, la vida es un canto que alaba a Dios y que agradece su Amor eterno a pesar de mi miseria y mi debilidad.

¡Dios es grande y su misericordia infinita! ¡Se ha hecho hombre para salvarnos! ¡Y yo lo quiero compartir contigo!

¡Señor, ten piedad de mí que soy un pecador! ¡Señor, ya me conoces y sabes como te fallo, te pido perdón esperando en tu misericordia! ¡Espíritu Santo, ven a mi duro corazón y transformalo para dar y llevar amor a todo el mundo! ¡María que guías mi vida, no me dejes de tu mano! ¡Jesús, quiero jugar contigo en el portal, abrazarte y adorarte desde mi pequeñez y pobreza! ¡Quiero acompañarte, mi buen Jesús, también en la Cruz! ¡Padre, hágase tu voluntad en mí! Amén